

Primera edición diciembre de 2022

© Daniel Zazo Gil
© de esta edición, Editorial Páramo
www.editorialparamo.com
editorialparamo@gmail.com / 646346731

ISBN: 978-84-126000-3-2
Núm. DL: VA 744-2022
Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Dirijase a CEDRO (www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LAS
MANZANAS
DE
IDUNA

Daniel
Zazo



editorial
PÁRAMO
*
l í r i c a

Llega a nosotros una vieja fotografía
y para nuestra sorpresa, en ella,
podemos percibir el aroma de la abuela,
su pan con mantequilla y azúcar,
su silueta a contraluz en la ventana.
Frente al niño que un día fuimos
siento el latido acelerado de un pájaro
que retengo entre mis manos
y el carámbano de hielo en la mirada
de quien no reconoce su legado en la raíz.
Se ha consumado entonces la traición:
el paso del tiempo ha transformado
a este adulto en su verdugo.

No olvido las huellas de mi padre en la nieve
aquella nochevieja del noventa y ocho,
la robusta envergadura de mi abuelo,
su sombra custodiando cada uno de mis pasos,
el compañero de pupitre que me acompañó
en el lisérgico mundo de la fechoría y del neón,
la urgencia por hallar el sentido de la vida
entre las sábanas de un hotel de carretera:
—dos cuerpos devorando el espacio
que media entre el diámetro de tus ojos
y el escarpado abismo de los míos—.
El bisonte dormido en la planicie de mi pecho
tras el largo viaje hasta tu centro.
El horizonte que se abrió ante nosotros,
—jóvenes promesas del teatro y la pirotecnia—,
para descubrirnos el carnaval de máscaras
de aquella ciudad universitaria.

Después sobrevino el pesado telón del tiempo,
las ausencias pasajeras y definitivas,
los amores que perviven entre bambalinas
y el discreto encanto de las candilejas.

Pasó así, de golpe, sin apenas darnos cuenta:
los escenarios de nuestra vida,
las plazas, los bares, los pisos de estudiante,
se habían convertido en paisajes sin tramoyas
y en ellos solo se respira un silencio sepulcral.

Después de sostener en las manos
el peso hueco de sus ochenta y tantos años
sin promesas y sin labores,
a ella le siguen quedando fuerzas
para esperar paciente cada mañana
al charco de luz que puntual
inunda con la calma propia del paseo
el suelo de nogal de la cabaña.
Llegada la hora, retira los visillos
con una ternura casi angelical
y abre de par en par las ventanas.
Hoy el valle no le concederá ese deseo,
nadie puede izar la plúmbea losa de la niebla.

Echo de menos la mirada de mi abuelo.
La busco a oscuras entre las fotografías
ajadas por un tiempo que ya no es el suyo.
Doy con sus manos robustas,
raíces de higuera que sostienen una bota
bajo la apacible sombra de una encina.
Y allí estamos todos, mis primas y yo jugando,
los padres, entre cervezas, preparan la comida.
Es el verano del noventa y cuatro
y por un momento puedo percibir tu aroma
entre el vino y las hojas secas del tomillo.
Estás sentado en una silla de tela plegable
con la vista al frente, reposando los párpados
sobre los escarpados relieves del Amblés.
Si pudieras ver en qué me he convertido:
ya no soy aquella lagartija díscola
que jugaba a poner a prueba tu paciencia,
ahora trabajo de profesor, gané una plaza,
escribo poemas y pienso a menudo en ti.
Casi un cuarto de siglo después de tu partida
—se dice pronto, se digirió mucho más tarde—,
aún aprieto los puños al pasar por tu calle
y cierro muy fuerte los ojos para percibir,
en un utópico ejercicio de ingenuidad,
tu silueta asomada a la terraza.

Madre, eres horizonte siempre abierto
por eso no hay zarzas que oculten tu guarida,
a veces danza de sarmientos en la lumbre,
otras, un lejano eco de paz en el salón.
Tu voz es esa leve ráfaga de viento
que reconforta cuando crees que todo está perdido
en la escarpada quebrada de la noche.

Madre todo lo que sé tú me los enseñaste:
a domar ángeles y dar rienda suelta a la lógica
que perfora las galerías de los sueños,
a que las distancias, además de en metros,
se calculan con absoluta precisión
a través de las palabras aferradas al cielo de la boca.

De ti también aprendí algo importante, madre:
que había que empaparse hasta los huesos
con el dulce jugo del instante
por si mañana nadie pudiera asegurar
la ingrátida rotación de los planetas,
la fina urdimbre que sostiene la vida.

Siempre con el alma en vilo, madre,
eran tantos los peligros como abundante la
prudencia:
primero fue el asma y sus secuelas,
después el crudo invierno de esta tierra
y si no, la cerrada curva de la carretera.

Desde la urgencia de estas líneas
y con el rebaño de monstruos ya en el aprisco,
quiero que sepas que soy tierra áspera
que reclama tu lluvia
y que vengo a colmarto de abrazos y certezas,
a desterrar el hielo y el ruido del silencio
para reconciliarnos en el lenguaje del tiempo.

Transito por el perímetro de la muralla
como quien vaga sin rumbo por tierra ajena.
Atravieso una a una todas sus vértebras
y me dejo seducir por el liviano hechizo
de la luz que en esta tarde de agosto
dora cada rincón de su espina dorsal.
Hago un alto en el camino
y reposo la mirada en sus calles.
Las del centro: antaño próximas y cálidas,
hoy igual de estrechas
aunque decrépitas y algo lejanas.
Permanecen letreros que han ganado la partida
y se han impuesto al paso del tiempo
pero otros, la mayoría, han desaparecido,
todo un itinerario de pérdidas arrasado
bajo el fuego amigo del progreso.
Ajadas fachadas, en ruinas,
nos advierten que el esplendor nunca es eterno,
que a lo devastado no le sienta bien el maquillaje
y toda remodelación es, en el fondo, una impostura.
Las de la periferia son terreno desconocido:
antes todo era naturaleza indómita,
campo que dejaba al descubierto
el punto de partida del camino viejo de Sonsoles.
Ahora sobre él se alzan monótonas manzanas,
cimientos vistos y fincas en ruinas.
Camino buscando anclajes en una ciudad
que creo recordar que una vez fue mía